

BEAUMARCHAIS (se echa sobre el cuerpo de María y la besa).—¡Hermana! (Lo separan y coge á Sofía, que se desprende; llévanse á María, y Buenco se va con Beaumarchais.)

GUILBERT y un médico.

SOFÍA (saliendo del cuarto donde han llevado á María).—  
¡Es demasiado tarde, ya no existe; ha muerto!

GUILBERT.—¡Venga usted, caballero, vea usted mismo; esto no es posible!

## ACTO QUINTO

Calle donde está la casa de Guilbert. Es de noche.

La casa está abierta. Tres hombres con ropones negros y hachas encendidas están delante de la puerta. Llega CLAVIJO embozado en su capa y con la espada debajo del brazo; un criado le precede con una luz.

CLAVIJO.—Te había dicho que evitaras esta calle.

CRIADO.—Habríamos tenido que dar un rodeo demasiado grande, y vuestra merced da tanta prisa... No está lejos de aquí el sitio donde espera D. Carlos.

CLAVIJO.—¿Y aquellos hachones?

CRIADO.—Un entierro. Venga vuestra merced, señor.

CLAVIJO.—¡En la casa de María! ¡Un entierro! ¡Mortal escalofrío recorre mis miembros! Vé y pregunta quién se ha muerto.

CRIADO (se acerca á los hombres).—¿A quién van á enterrar?

LOS HOMBRES.—A María Beaumarchais.

CLAVIJO.—(Se sienta en una piedra y se tapa la cara con el embozo.)

CRIADO (de vuelta).—Van á enterrar á María Beaumarchais.

CLAVIJO (levantándose de un salto).—¿Te atreverías, traidor, á repetir esa palabra pavorosa, que me ha estremecido hasta la médula de los huesos?

CRÍADO.—¡Silencio, Señor! Venga vuestra merced conmigo; piense el peligro en que está.

CLAVIJO.—Vete al infierno; yo me quedo.

CRÍADO.—¡Oh, D. Carlos! ¡Con tal que te encuentre! Ha perdido el juicio. (Vase.)

CLAVIJO separado de los hombres del entierro.

CLAVIJO.—¡Muerta! ¡Muerta María, y aquellas luces son de su cortejo fúnebre! Esto es un efecto de magia; nocturna visión que me asusta, presentándome un espejo, en el cual, á manera de castigo, puedo preveer el fin de mis traiciones. ¡Todavía es tiempo! ¡Todavía mi corazón tiembla y se ablanda! ¡No, no! ¡Tú no debes morir! ¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy! ¡Desapareced, fantasmas de la noche, que para sobresaltarme y angustiarme, os ponéis en mi camino! (Va hacia ellos). ¡Huld!... ¡No se van!... ¡Me miran!... ¡Ay de mí!... Son hombres como yo... ¡Esto es verdad!... ¿Verdad?... ¿Puedes comprenderlo?... ¡Muerta!... Esta idea, «está muerta», me oprime con todos los terrores de la noche... ¡Ahí tienes la flor tronchada á tus pies!... ¡Dios del Cielo, ten piedad de mí!... ¡Yo no la he muerto!... Estrellas, que tantas veces visteis al criminal, lleno de dicha, dejar estos umbrales, y con instrumentos de cuerda, y canto, en esta misma calle esplayar sus dorados sueños, inflamando á su amada que en espera deliciosa, tras discreta celosía le aguardaba,

ocultaos, no miréis aquí. ¡Ahora llenas la casa con gemidos y dolores, y con cantos mortuorios este teatro de tu dicha! ¡María! ¡María! Llévame contigo. Llévame contigo (óyense sonidos musicales tristes dentro de la casa). Van á emprender el camino del cementerio. ¡Deteneos! No cerréis el ataúd; dejadme verla por última vez (corre á la casa). ¡Ah! ¿A quién osaré presentarme? ¿A quién voy á mostrarme en estos terribles momentos de dolor? ¿A sus amigos? ¿A su hermano, lleno de furia y de pena? (Vuelve á comenzar la música.) ¡Me llama! ¡Me llama!... ¡Ya voy!... ¡Qué angustia me oprime!... ¡Qué temblor me sujeta!

(La música principia por tercera vez, y continúa. Los de los hachones se separan de la puerta; otros tres se reúnen á ellos y se ponen en dos filas para dejar pasar el entierro, que sale de la casa. Seis hombres llevan las andas donde reposa el féretro cubierto.

GUILBERT. BUENCO de luto riguroso.

CLAVIJO (adelantándose).—¡Deteneos!

GUILBERT.—¡Qué voz!

CLAVIJO.—¡Deteneos! (Páranse los portadores.)

BUENCO.—¿Quién se atreve á estorbar el paso del cortejo fúnebre?

CLAVIJO.—¡Bajad la caja!

GUILBERT.—¡Ah!

BUENCO.—¡Miserable! ¿No han de tener término tus infamias? ¿No está tu víctima segura de ti ni en el féretro?

CLAVIJO.—Déjame, no me irrites; ¡los desgraciados

son peligrosos! ¡Necesito verla! (Separa la cubierta; María yace en la caja vestida de blanco, con las manos cruzadas; Clavijo retrocede y se cubre el rostro con las manos.)

BUENCO.—¿Quieres despertarla para volverla á matar?

CLAVIJO.—¡Pobre blasfemo!... María... (Cae arrodillado delante del ataúd.)

BEAUMARCHAIS aparece.

BEAUMARCHAIS.—Buenco me ha dejado solo. Dícenme que no está muerta. He de verla, ¡pese al diablo! He de verla. ¿Blandones? ¡Un entierro! (Ve la caja y cae sobre ella sin habla; levántalo como desmayado.)

CLAVIJO (del otro lado de la caja, se levanta).—¡María! ¡María!

BEAUMARCHAIS (escuchando).—¿Quién llama á María? ¿Por qué el metal de esa voz ha hecho correr por mis venas llamaradas de ira?

CLAVIJO.—¡Soy yo!

BEAUMARCHAIS.—(Furioso empuña la espada; Guibert lo contiene.)

CLAVIJO.—¡No temo tus ojos encendidos, ni la punta de tu espada! Mira estos ojos cerrados, estas manos cruzadas.

BEAUMARCHAIS.—¿Y eres tú quien me las muestras? (Se desprende, lánzase sobre Clavijo, lo reta, riñen y le atraviesa el pecho.)

CLAVIJO.—Gracias te doy, hermano: tú nos desposas. (Cae sobre el ataúd.)

BEAUMARCHAIS (rechazándolo).—Apártate de esta santa, réprobo.

CLAVIJO.—¡Ay de mí! (Los portadores lo sostienen.)

BEAUMARCHAIS.—¡Sangre! ¡Abre los ojos, María, mira este adorno de novia, y después ciérralos para siempre! Mira cómo he consagrado, con la sangre de tu asesino, el lugar de tu descanso. ¡Hermoso! ¡Magnífico!

Viene SOFÍA.

SOFÍA.—¡Hermano! ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?

BEAUMARCHAIS.—Acércate, querida, y mira. Esperaba esparcir rosas sobre su lecho de desposada; mira las rosas con que le he adornado el camino del cielo.

SOFÍA.—¡Estamos perdidos!

CLAVIJO.—¡Sálvate, insensato! ¡Sálvate antes que rompa el día! Dios, que te ha enviado como vengador, que te acompañe. ¡Sofía, perdóname! ¡Hermano, amigo, perdóname!

BEAUMARCHAIS.—Su sangre, al correr, apaga todas las iras encendidas en mi corazón. Con su vida, que se acaba, se deshace todo mi furor. (Yendo hacia él.) Muere; yo te perdono.

CLAVIJO.—¡Tu mano... y la tuya, Sofía!... ¡Y la de usted! (Buenco se estremece.)

SOFÍA.—Désela usted, Buenco.

CLAVIJO.—Te doy gracias; eres la misma de antes. Os doy gracias. ¡Y si todavía te ciernes sobre este lugar, alma de mí amada, dirige una mirada hacia abajo, mira este bien celestial, dale tu bendición y perdóname

también!... ¡Ya voy!... ¡Ya voy á ti!... ¡Sálvate, hermano mío!... Decidme: ¿me ha perdonado? ¿Cómo murió?

SOFIA.—Su última palabra ha sido tu desventurado nombre: se nos fué sin despedirse de nosotros.

CLAVIJO.—Yo la sigo, y le llevaré vuestra despedida.

CARLOS. UN CRIADO.

CARLOS.—¡Clavijo! ¡Asesinos!

CLAVIJO.—¡Óyeme, Carlos! Aquí estás viendo las víctimas de tu sagacidad... Y ahora, por la sangre que incensantemente corre llevándose mi vida, ¡salva á mi hermano!

CARLOS.—¡Amigo mío!... ¿Estáis ahí parados?... Id corriendo en busca de médicos. (El criado se va.)

CLAVIJO.—¡Es inútil!... ¡Salva, salva á mi desdichado hermano!... Ahora, tu mano. Ellos me han perdonado, y yo también te perdono. Le acompañarás hasta la frontera, y después... ¡Ah!...

CARLOS (golpea el suelo con el pie).—¡Clavijo! ¡Clavijo!

CLAVIJO.—(Acercándose al ataúd y apoyándose en él.) ¡María! ¡Tu mano! (Suelta las manos de María y coge la derecha.)

SOFIA.—(A Beaumarchais.)—¡Aléjate, desgraciado, aléjate!

CLAVIJO.—Tengó su mano... Su fría mano de muerta... ¡Eres mía!... Y ahora, el beso de desposado... ¡Ah!...

SOFIA.—¡Se muere!... ¡Sálvate, hermano!

BEAUMARCHAIS.—(Se echa en los brazos de Sofia.)

SOFIA.—(Lo abraza, haciendo al mismo tiempo el movimiento de alejarlo.)

## EGMONT

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

CAPILLA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA